

II Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 62, 1-5; 1 Corintios 12,44; Juan 2, 1-11

« Haced lo que Él os diga »

20 Enero 2013 P. Carlos Padilla Esteban

« Dios sólo quiere nuestra entrega. Quiere nuestro sí sin excusas. Quiere que llenemos las tinajas de agua. Sin pretender dejar una gran huella »

Nos gustan las cosas importantes y dejar huella en el mundo. Una persona me comentaba: «Quiero hacer algo grande, y después, ya me puedo morir». Ante esta inquietud nos preguntamos: ¿Qué es algo grande? ¿Es realmente necesario hacer algo grande antes de morirnos? Y si no es así, ¿no habrá merecido la pena vivir? Un enfermo de cáncer comentaba: «Luchar contra una enfermedad no es algo grande, no es heroico, no tiene nada de especial». La enfermedad es algo cotidiano y despreciable. No queremos sufrir la enfermedad. Nos rebelamos al ser catalogados como enfermos. Queremos vivir y ser normales. Y la enfermedad no puede apartarnos de vivir la vida. Como decía Álvaro Marín, que murió de cáncer a los 25 años: «Es absurdo pensar cuándo nos vamos a morir. Nunca se sabe. A mí nunca me ha frenado la enfermedad. Lo duro no está por venir, la muerte no es el final». Pensamos en la muerte y podemos llegar a pensar como leía el otro día: «A casi todo el mundo le obsesiona dejar huella en el mundo. Dejar un legado. Sobrevivir a la muerte. Todos queremos que nos recuerden. Lo que más me preocupa es ser una olvidada víctima más de la antigua y poco gloriosa guerra contra la enfermedad. Quiero dejar huella. Las huellas que dejamos los hombres son cicatrices»¹. Tal vez esas sean las huellas más importantes. Si amamos, si dejamos las cicatrices del amor en nuestra alma y en el alma de los que nos quieren, a quienes queremos, habremos hecho algo grande en esta vida. Todo lo demás es paja que arrebata el viento. Los deseos satisfechos nunca nos dejan del todo satisfechos: «Se me ocurrió que los sueños que se hacen realidad nunca sacian la voraz ambición humana, porque siempre pensamos que podríamos volver a hacerlo todo mejor»². Así somos, nunca nada es lo bastante grande, hermoso, profundo, bello. Siempre queremos más. Todo es susceptible de mejora. Pero lo que está claro es que no podemos controlar nuestra vida, ni elegir el día de la muerte. Podemos decidir, eso sí, cada día, si vivimos de verdad o nos abandonamos para siempre. **Podemos hacer que lo cotidiano sea algo grande, muy grande.**

En un día como hoy, 20 de Enero, celebramos un aniversario más de una decisión muy importante en la vida del P. Kentenich en 1942. Algunos, tratando de explicar este momento, dicen que el P. Kentenich decidió ese día ir al campo de concentración. Como si esa decisión la pudiera tomar él estando preso de la Gestapo en Coblenza. Lo que sí podía hacer era elegir libremente la voluntad de Dios en su vida. Eso es lo que hizo. Pero lo más importante y heroico de esa decisión no fue el resultado final, el hecho de vivir en el campo de concentración de Dachau durante más de tres años. Llega a decir el Padre que si lo que le hubiera pedido Dios ese día hubiera sido mover un dedo, eso hubiera sido igual de heroico y santo que ir a Dachau. Porque lo heroico en nuestra vida es saber lo que realmente nos pide Dios. Lo heroico fue saber que lo que le pedía Dios era entregar su libertad física como prenda por la libertad y santidad de toda la Familia de Schoenstatt. Las Hermanas y la Familia habían conseguido algo casi milagroso. Habían logrado que el médico de la cárcel se mostrara dispuesto a declarar al Padre fundador «no apto para el campo de concentración», debido a una deficiencia pulmonar que sufría. Pero todo esto siempre que él requiriera sus servicios, se declarara enfermo y solicitara ser eximido por

¹ John Green, “Bajo la misma estrella”, 298

² John Green, “Bajo la misma estrella”, 293

incapacidad física. La Familia estaba feliz por haber encontrado esta solución. El plazo para que el P. Kentenich elevara esta solicitud vencía el 20 de enero a las cinco de la tarde. Lo que el Padre decide ese día realmente, es no servirse de ningún medio humano para lograr su liberación del campo de concentración. Pero él confía ciegamente en que María vencerá y logrará, si está en los planes de Dios, evitar su ida al campo. **Y si no es así, ese camino será el mejor para él y para toda la Familia.**

Esa decisión no es comprendida por las Hermanas y los Padres. No entienden que pudiendo no ir, opte por el otro camino tan doloroso. No aceptan perderle en ese momento porque su presencia era muy importante para todos. Humanamente hablando había muchas voces que mostraban la importancia de su presencia en libertad. Era Padre de un gran Movimiento en medio de una guerra Mundial. ¿Entonces? ¿Por qué no utilizar los caminos humanos que se le presentaban? Ahora, con la perspectiva del tiempo, es más fácil ver la conducción de Dios. En ese momento todo parecía una locura. Su decisión no fue comprendida. A veces, en nuestra vida, nos tocará tomar decisiones que otros no comprenderán. Decisiones rezadas en lo profundo del corazón, en la intimidad de un diálogo de amor con Dios. Decisiones honestas y no tan fáciles. Porque ser honestos no es tan sencillo. En la película «*Los miserables*» el protagonista Valjean ha llegado a una posición de cierta autoridad y responsabilidad como alcalde y dueño del negocio. Ha borrado aparentemente su vida pasada. Le informan entonces que han detenido a otro hombre pensando que se trata de aquel fugitivo de la ley y va a morir en su lugar. Valjean puede callar y dejar que un hombre justo muera y borre su pasado para siempre. Y todo de forma justificada: «*Yo soy el dueño de cientos de trabajadores. Todos miran a mí, ¿Cómo puedo abandonarlos? ¿Cómo podrían vivir si no soy libre?*» Claramente la elección de Valjean tendrá consecuencias que afectan a otros, incluyendo a sus trabajadores. El otro camino es confesar y presentarse ante el juez como Valjean, reconociendo su culpa y aceptando el castigo. No es tan fácil la decisión. No es fácil ser honestos. Al final, decide confesar, aunque su decisión tenga consecuencias duras. Ese tipo de decisiones no son fáciles en nuestra vida. Hacer lo que Dios nos pide, aceptando las consecuencias de nuestros actos. No parece ser el camino más cómodo. La tentación es grande. El P. Kentenich le entregó su sí a la voluntad de Dios ese día, fuera cual fuera, dejando su vida en sus manos, aunque supusiera pasar por la cruz de Dachau. Vio en ello un camino de liberación para él mismo y para toda la Familia. **Difícil de entender entonces. Más fácil al ver hoy los frutos de esos años difíciles.**

Esa decisión le hace tomar conciencia al P. Kentenich de lo más importante en nuestra vida. No se trata de hacer grandes cosas, sino de hacer que las pequeñas cosas y decisiones de cada día sean grandes y sean obra de Dios. Decía en una de las cartas escritas desde la cárcel de Coblenza: «*No hay ningún lugar tan hermoso en el mundo como el corazón de un hombre noble y lleno de Dios. Ved cuánto me ha cuidado Dios con lugares así. Cuidad que el corazón llegue a ser cada vez más puro, noble, fuerte y lleno de Dios, entonces le preparáis a Dios y también a mí un verdadero hogar. ¿Y a quién le va mejor en el mundo que a mí? ¿Quién tiene un lugar más bello que el mío, a pesar de la prisión?*» Lo importante no es tanto lo que hagamos o dónde lo hagamos, sino que sea lo que Dios quiere, aunque no sea tan fácil. Nuestra vocación es una vocación para vivir con Él, para estar a su lado. Cuando vivimos así nos importan menos los éxitos y logros, incluso la huella que puedan dejar nuestros pasos cuando ya no estemos. El lugar más hermoso en el que queremos vivir es nuestro corazón en paz, ese corazón que descansa en Dios. La decisión del Padre abrió la mirada de su Familia. Desde entonces cobró fuerza un pensamiento: el entrelazamiento de destinos. Estamos profundamente unidos los unos a los otros. No vivimos solos, no nos salvamos solos, no caminamos solos. Nuestros actos tienen repercusión en el mundo, en la Iglesia. Nuestra libertad interior, nuestra aspiración a la santidad, afecta al cosmos, aunque nos parezca desproporcionado. El paso dado ese día, el sí del P. Kentenich, es un salto de fe. Dice: «*Yo entrego con gusto, de todo corazón, al Dios amado, la pérdida de mi libertad. Estoy dispuesto a soportarla en todas las formas posibles, hasta el fin de mi vida, si con ello pudiera comprar, para vosotros y para toda la*

familia hasta el fin de los tiempos, subsistencia, fecundidad y santidad»³. Un salto de fe en comunión con muchos. Su entrega es por amor. Entrega su libertad, si así lo permite Dios, para el bien de su Familia. Y todo para seguir aspirando a la santidad. ¡Cuántas cadenas nos atan y no nos dejan ser libres porque llevamos una vida burguesa y acomodada! No somos libres. ¿No deberíamos poner nuestra vida en manos de Dios totalmente? Muchas veces le damos nuestro sí condicionado. Necesitamos renovar ese sí que dio el P. Kentenich. Ese sí que dio María al pie de la cruz. **Ese sí de Cristo que nos remueve y nos hace conscientes de cómo ha de ser nuestra entrega.**

Hoy el Evangelio de las Bodas de Caná nos sitúa al comienzo del camino de Cristo hacia la cruz. María aparece dos veces en San Juan. Una al comienzo del camino, en Caná y la otra al final del todo, al pie de la Cruz. Hoy escuchamos: «*En aquel tiempo, había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda*». En esta tercera Epifanía, en la tercera manifestación de Cristo hecho hombre, celebramos su poder. María está presente junto a Jesús y los discípulos en una boda. Es un momento de alegría y familia. Un momento entrañable en el que, súbitamente, falta el vino: «*Faltó el vino, y la madre de Jesús le dijo: - No les queda vino*». Sólo María se percata de esta falta. María sabe lo que le falta al corazón del hombre. María es Madre y se preocupa de cada detalle. Ella mira nuestro corazón y cuida también esos detalles que a veces pensamos que son poco importantes. María hoy sabe lo que nos falta, lo que le falta a la humanidad que sufre. María sabe que nos falta vino, alegría, esperanza. Sabe que perdemos fácilmente la confianza y nos dejamos llevar por los miedos. Pero también se preocupa de nuestras necesidades cotidianas más humanas. Nos falta trabajo o un trabajo digno. Nos falta dinero para llegar a fin de mes. Nos falta claridad sobre nuestra vocación o claridad sobre la forma como vivir cada día. Siempre nos falta algo, vivimos insatisfechos, vivimos buscando. Nos falta vino. María se da cuenta y busca respuestas. Quisiéramos vivir con más alegría y esperanza, con más plenitud. Soñamos un infinito que no rozamos con los dedos. Nos gustaría alcanzar las estrellas. **Hoy miramos a María. Nos falta vino.**

La hora de Jesús. ¿Cuándo llega la hora de Jesús? Parece que su hora no ha llegado todavía: «*Jesús le contestó: - Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora*». En ese diálogo que siempre nos resulta extraño se esconde el misterio de la Redención. Es verdad que no ha llegado su hora, la hora en que derramará su sangre al pie de la cruz, la hora en la que entregará su vida para que nosotros seamos libres, y tengamos una vida plena. No obstante, al realizar ese «*signo*» por la intercesión de María, Jesús se manifiesta como Salvador mesiánico: «*Su madre dijo a los sirvientes: - Haced lo que él os diga*». Mientras ayuda a los esposos, en realidad es él mismo quien comienza su obra de Esposo, inaugurando el banquete de bodas que es imagen del Reino de Dios. Con Jesús ha llegado la hora de una nueva relación con Dios, la hora de un nuevo culto. Es la gran hora en la historia del mundo, es el tiempo en que el Hijo dará la vida por el hombre que necesita ser salvado. Es la hora en que Dios hará oír su voz salvadora a los hombres que están bajo el dominio del pecado. Como dice Benedicto XVI la salvación nos llega por la cruz, la vida por la muerte: «*La teología de la gloria está indisolublemente unida a la teología de la cruz. Al siervo de Dios le corresponde la gran misión de ser el portador de la luz de Dios para el mundo. Pero esta misión se cumple precisamente en la oscuridad de la cruz*»⁴. Es la hora de la redención, la hora de una vida nueva que comienza. La hora todavía no ha llegado en Caná, pero allí todo se inicia por las palabras de María: «*Haced lo que él os diga*». Estas palabras son el punto de partida. En nuestra vida, María nos invita siempre a tener esa actitud. Nos pide que hagamos lo que Cristo nos pide. Se nos olvida con frecuencia y preferimos hacer lo que queremos. Olvidamos ese mandato tan sencillo y claro. Quisiéramos obedecer siempre, no a nuestros instintos y pasiones, sino a los deseos más leves de Dios. Pero, ¡cuánto nos cuesta desobedecer esos sentimientos y pasiones que nos mueven interiormente! Queremos ser felices, queremos la realización de

³ J. Kentenich, “Cartas del Carmelo”

⁴ J. Ratzinger, Benedicto XVI, “La infancia de Jesús”, 92

nuestros deseos. Nos turbamos cuando no vemos la luz. Nos obsesionamos por lograr lo que queremos. Nos bastaría con confesar lo que una persona reconocía: «*Mi riqueza es mi pequeñez. Mi corazón es mi gran don y mi gran cruz. Pero es mi gran don cuando descanso en las manos del Padre. Si no es así, se convierte en la fuente de muchos de mis pecados. Esto me confirma que mi valor es ser hija del Padre, y mi misión es transparentar su amor. Sin Él no valgo nada*». **Cuando colocamos nuestro corazón inquieto en manos de María, en manos de Dios, logramos la paz.**

Cristo pide que llenen las tinajas de agua, porque necesita nuestra colaboración:

«*Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una. Jesús les dijo: - Llenad las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les mandó: - Sacad ahora y llevadselo al mayordomo. Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes si lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llamó al novio y le dijo: - Todo el mundo pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora*» Juan 2, 1-11. El agua del Jordán santificaba nuestra vida, la vida de los que buscaban la conversión. El agua de Caná convertida en vino es el vino mejor que pueda beber el hombre. La sangre del Cordero derramada se convierte en nuestro alimento hasta la eternidad. Tenemos sed, nos falta vino, necesitamos ese vino verdadero que nos salva. Pero hace falta mucha confianza para echar agua en las tinajas, sabiendo que lo que nos hace falta es vino. Confiar en que la entrega de mi pobreza, de lo poco que soy, va a ser suficiente para calmar la sed de infinito, parece una locura. Un médico italiano, Giuseppe Moscati, un hombre, optimista y entregado, que creía en una transformación radical del mundo, decía: «*Lo que ha transformado el mundo, no es la ciencia, sino la caridad*». Lo que transforma el mundo es el agua convertida en vino, pero es necesaria el agua. Necesario que actuemos, que pongamos todo de nuestra parte, nuestro amor y nuestra vida. Cada vez que venimos al Santuario al encuentro con María lo repetimos: «*Nada sin ti, nada sin nosotros*». Nada sin María, pero nada sin nuestra entrega. Es la vida regalada en el silencio, con humildad, sin pretender dejar gran huella, sin querer hacer cosas grandes que el mundo recuerde. ¿No habrá algo de vanidad en ese deseo tan humano de no ser nunca olvidados? Sí, algo de vanidad siempre hay, pero Dios sólo quiere nuestra entrega. **Quiere nuestro sí sin excusas. Quiere que llenemos las tinajas de agua.**

Es cierto que hace falta mucha confianza para actuar así, llevando sólo agua. Una persona me comentaba: «*He entendido la importancia de confiar para reposar. La gente no confía, por eso no reposa. ¡Qué importante que puedan confiar en nosotros! A veces percibo la falta de confianza de gente o su prudencia o su miedo, y eso me hace pensar en lo que tengo que cambiar. Quien no confía no sabe percibir un Amor gratuito. Porque al no mostrarse tal y como es, con sus miserias, no puede ser receptivo a recibir ese amor a pesar de la debilidad. Si lo percibes así, puedes seguir luchando por ser tú mismo, y lo haces alegre. He entendido el vivir con paz el agobio, porque el agobiarse es propio de gente pobre y pequeña, y sólo si eres pequeño, pobre y necesitado, entrarás en el cielo. He entendido que mi santidad la lleva María y que el abandono es posible vivirlo con paz*». Hace falta mucha confianza para creer en los milagros, para entender que llevando agua Dios calmará la sed de infinito que padecen los hombres, a través del mejor vino. Hace falta mucha confianza para comprender que Dios se alegra en nuestra pobreza y no nos echa en cara nuestras torpezas. No se encuentra nuestra misión en la realización de grandes obras. Por eso hace falta mucha confianza para mostrarnos como somos, sin querer ser distintos, sin pretender mostrar sólo los logros que nos hacen más dignos. ¡Qué importante es confiar! Confiar en los hombres para aprender a confiar en Dios. Mostrarnos como somos, sin querer hacerlo todo siempre bien. Como leía hace poco: «*En lugar de estimularnos con frases como: Sé perfecto, date prisa, esfuérzate, hazme caso, sé fuerte, debemos permitirnos tener algunas debilidades y no responder siempre a las expectativas de los demás*»⁵. El agua refleja nuestra debilidad. Tenemos sed. Y tenemos sólo agua.

⁵ Anselm Grün, “Portarse bien con uno mismo”, 78

Llenemos las tinajas de agua. **Es sólo agua, pero es lo que tenemos. Es aquello que no podemos ocultar. Dios nos necesita.**

Dios nos pide hoy que entreguemos lo que tenemos, nuestros dones y talentos, como escuchamos en San Pablo: «*Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en, todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común. Y así uno recibe del Espíritu el hablar con sabiduría; otro, el hablar con inteligencia, según el mismo Espíritu. Hay quien recibe el don de la fe; y otro, por el mismo Espíritu, don de curar. A éste le han concedido hacer milagros; a aquél, profetizar. A otro, distinguir los buenos y malos espíritus. A uno, la diversidad de lenguas; a otro, el don de interpretarlas. El mismo y único Espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como a él le parece».* 1 Corintios 12,44. Quiere que entreguemos los talentos recibidos para transformarlos en el mejor vino. Como dice San Juan Crisóstomo: «*Tales son los milagros de Jesucristo, que todo lo que hace es mucho más útil y hermoso que lo que se hace por la naturaleza*». Es el vino que mejor sabe. El vino cuya procedencia casi desconocemos. El vino que supera nuestros talentos humanos y regala una gracia nueva. Todos anhelamos un vino perfecto, único, el mejor. Todos queremos dejar huella. No podemos desechar ese deseo del alma. Como leía el otro día: «*Los perfeccionistas quieren que nuestra vida espiritual no tenga falsas motivaciones. Pero semejante perfeccionismo es inhumano. Sería un error que tratáramos de demonizar toda ambición, pues la ambición también puede tener efectos positivos. Es verdad que también puede llegar a esclavizar. Pero eliminar totalmente la ambición y la búsqueda de gloria por los peligros que encierran, sería puro rigorismo. Se empobrecería nuestra vida*»⁶. Nuestra ambición se refleja en el deseo de un vino mejor que los anteriores. Quisiéramos ser los más santos, como en una carrera muy humana por alcanzar la perfección. Esa ambición nos puede llenar de vanidad, pero también es cierto que logra sacarnos de la pasividad. Nos convierte en instrumentos aptos en manos de Dios cuando obedecemos y hacemos lo que nos dice. Hoy queremos entregar nuestras intenciones que no son puras. **Queremos darle nuestro sí que no es totalmente generoso y libre.**

En Caná empiezan los milagros, empieza el camino que lleva a la cruz y a la gloria: «*Así, en Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria, y creció la fe de sus discípulos en él*». Cristo se manifiesta ante los suyos en su poder. Hace presente la fuerza del Espíritu y los discípulos creen. Ha comenzado su misión de la mano de María. Y los discípulos se convierten así en testigos de su gloria. Dice Benedicto XVI: «*Ser misioneros significa ante todo ser discípulos de Cristo, escuchar una y otra vez la invitación a seguirle, la invitación a mirarle*». La fe de los discípulos se hace más fuerte. Como dice hoy el salmo: «*Contad las maravillas del Señor. Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre. Proclamad día tras día su victoria. Familias de los pueblos, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor, aclamad la gloria del nombre del Señor. Postraos ante el Señor en el atrio sagrado, tiemblen en su presencia la tierra toda*». Sal 95, 1-2a. 2b-3. 7-8a. 9-10. La gloria se hace manifiesta en una boda, reflejando esa alegría plena a la que estamos llamados. El vino que se nos regala es la sangre de Cristo que nos recuerda el amor de Dios. Nos habla de un amor que no pasa, que no es falible como el de los hombres: «*Eso es el amor. El amor es mantener las promesas pase lo que pase. ¿No crees en el amor verdadero?*»⁷. Creemos en el amor verdadero. Creemos en el amor que no se traiciona. En un vino que calme la sed de infinito que todos tenemos. **Queremos beber un vino que calme nuestra sed para siempre.**

⁶ Anselm Grün, “Portarse bien con uno mismo”, 70

⁷ John Green, “Bajo la misma estrella”, 67